

CAPÍTULO VIGÉSIMO SEGUNDO:

AMOR Y MUERTE

No había quedado nada.

El maestro Ashla se había desvanecido completamente al morir, y su cadáver se había desintegrado antes de que Seiza hubiese recuperado la vista. No quedaban ni los huesos, nada que poder incinerar...

Ella estaba arrodillada en el suelo, llorando delante de donde había muerto su maestro. Unos metros más adelante, el gigante rocoso yacía con su cabeza perforada.

Para Seiza, había sido horrible. Ella siempre deseó ayudar a los demás, ser una persona antes que un guerrero. Pero ese día, sólo había demostrado que era un guerrero, y uno muy eficiente.

Seiza oyó pasos y se levantó rápidamente, encendiendo su sable de luz con la mano derecha, y dedicando la izquierda a limpiarse las lágrimas de sus ojos. Cuando vio quién era, apagó el sable.

-¡Seiza! -dijo Hoox-. ¿Seiza, estás bien?

La verdad es que el aspecto de Seiza no era muy animador. Su adorable melena estaba bastante despeinada, con algunos cabellos de punta. Su uniforme imperial estaba roto en varios sitios, especialmente en las mangas y alrededor del torso. Hoox había visto ya la costra de su frente y sabía que no era reciente, al menos no tan reciente como lo demás, pero aún así le bastó un sondeo rápido usando la Fuerza para comprender que ella no estaba en buen estado de salud. El sondeo también indicaba más datos, pero Seiza le habló antes de que él pudiera meditar al respecto.

-Hoox... -dijo ella, y de pronto volvió a llorar. Apagó el sable y corrió hacia él para saltar hasta su cuello, abrazarle y seguir llorando.

Hoox estaba bastante sorprendido por las circunstancias y, en distinta medida, por el hecho de que Seiza pareciese echar chispas literalmente. Mientras Seiza lloraba, Hoox golpeó suavemente su espalda con la palma de la mano y, ya de pasó, miró a su alrededor. Sólo se oían los sollozos de Seiza.

-¿Ése de ahí -preguntó Hoox haciendo un leve gesto hacia el gólem- no es mi viejo sparring en el "Azote de las Estrellas"?

Seiza asintió con la cabeza mientras seguía llorando.

-¿Está muerto? -preguntó Hoox.

Seiza volvió a asentir, pero era incapaz de dejar de llorar.

-Esto no puede ser por él -dijo Hoox-. Ya le habíamos dado por muerto una vez.

Seiza sólo siguió llorando, pero Hoox la agarró por los hombros y la puso ante su rostro. Sus mejillas estaban empapadas por cataratas de agua y sal, y sus ojos empezaban a irritarse.

-¿Seiza, qué te pasa? -preguntó Hoox, mortalmente preocupado.

Seiza comprendió que Hoox tenía que saberlo. Incluso aunque sólo fuese por su relevancia a nivel político, eso era algo que él acabaría descubriendo. ¡Pero era tan difícil dejar de llorar! El alma de Seiza parecía querer escaparse en forma de lágrimas, y Ashla nunca le había enseñado a controlar esa clase de dolor.

Aún así, Seiza se sobrepuso. Debía hacer lo correcto, y lo correcto era decírselo a Hoox.

-Ashla... -Seiza tuvo que hacer una pausa antes de continuar- Ashla ha muerto.

Dicho esto, volvió a la relativa comodidad que le ofrecía el hombro de Hoox. Éste la abrazó y, sin mirarla intentó consolarla.

-Seiza, lo siento -dijo-. Sabes que lo siento. Ojalá pudiese hacer algo, traerlo de vuelta... Aunque me costase mi propia vida, si fuera posible...

Seiza levantó la cabeza y miró a Hoox. Él le sonrió, pero ella apenas veía una forma borrosa donde debería estar su cabeza, así que no logró percibir su sonrisa, pero se la imaginó.

-Hoox, te quiero -dijo ella.

-Lo sé -dijo él-. Y yo a ti.

-Pero, cuando esto acabe -terminó ella-, yo continuaré el trabajo de Ashla donde él lo dejó.

Hoox desvió la mirada hacia arriba.

-¿Y qué estaba haciendo Ashla? -preguntó él, que nunca llegó a saberlo.

-Los Jedi resurgirán, Hoox -casi le amenazó Seiza-. Pronto habrá nuevos Caballeros Jedi que se opondrán al mal y lo combatirán en todas sus formas.

-¿Necesitáis una base? -preguntó el Jedi oscuro.

-Esto no es para tomárselo a broma -protestó Seiza.

-No es una broma -dijo Hoox-. Sabes que nunca estuve de acuerdo con muchas partes de la doctrina del emperador. Ahora, Junagadh es mío. Si necesitas un planeta para tu praxeum, sólo pídemelo.

-No te entiendo, Hoox -dijo Seiza.

-Es lo menos que te debo, amor mío -dijo él-. Puesto que está claro que no podremos estar juntos, sólo desde lejos puedo darte... algo que merezca la pena.

-No tiene porqué ser así, Hoox -replicó ella-. Abandona el lado oscuro, sé que puedes hacerlo. Ven a la luz, y podríamos... podríamos estar juntos.

Hoox la miró fijamente, con tristeza en sus ojos. Por todo lo sagrado, cuánto la amaba. Eso hacía mucho más difícil lo que tenía que hacer.

-¿Te unirías tú al lado oscuro si yo te lo pidiera? -preguntó él como si le disparase.

Seiza no podía mirarle a los ojos. Giró la cabeza, atemorizada, e hizo una pausa.

-Yo... -dijo ella-. No puedo, Hoox. Lo siento.

-Lo comprendo, Seiza -dijo Hoox, abrazándola-. Yo no puedo abandonar lo que me da la Fuerza.

-Odio, miedo, agresividad... -dijo ella, mirándole de nuevo al fin-. ¿Cómo puedes vivir con eso? ¿Cómo puedes aguantar?

-¿Cómo puedes aguantar tú, reprimiendo esas mismas emociones? -le respondió él-. Pero, ahora que has comprendido que no soy malvado, espero que puedas comprender lo demás.

-Podríamos dejarlo todo -dijo Seiza-. La Fuerza, el Imperio... Buscar un planeta deshabitado y vivir allí el resto de nuestras vidas...

-No -respondió Hoox-. Ni tú ni yo podríamos hacerlo.

-No concibo -dijo Seiza- que un poder como la Fuerza nos permita conocernos y no nos permita estar juntos. Pero me temo que lo mismo que extrañamente nos unió haya de ser el motivo de nuestra separación.

-Lo sé -respondió Hoox-. Te amo más de lo que nunca he amado a nadie, pero nuestros caminos discurren por senderos diferentes. Tal vez en el futuro volveremos a coincidir.

-Y si lo hacemos -dijo Seiza-, ¿será como amigos o como enemigos?

-Es difícil ver el futuro -dijo Hoox-. No puedo prometerte que compartirás todas mis decisiones, pero te prometo hacer cuanto esté en mi mano para que no tengas motivos para atacarme.

-Ojalá no te quisiera tanto -dijo Seiza-. Nuestra separación no sería tan difícil.

-Aún no hemos terminado -dijo Hoox-. Nosotros ya estamos a salvo, pero Junagadh no. Recuerda que hemos de luchar en el nombre de las estrellas.

-En el nombre de todos cuantos las habitan -terminó Seiza. Se limpió las lágrimas con un pedazo de tela y siguió a Hoox hasta fuera del aquel cuarto.

Seiza y Hoox caminaron con decisión pero sin prisa. Sabían que, al fin, el tiempo ya no era un lujo, así que su marcha se acercaba mucho más el avance tranquilo de la infantería, y no el paso ligero de su carrerita anterior. Pero aún había algo que carcomía a Seiza.

-Hoox -preguntó-, ¿qué ha pasado con Darth Ksar?

Hoox se detuvo y extrajo de su bolsillo un sable de luz que ella había visto antes. Era el sable de Darth Ksar, con

esa curiosa espiral que lo rodeaba.

-Lo siento -dijo Seiza.

-Hoy no es un buen día para ninguno de nosotros dos querida -dijo Hoox-. Tú has perdido a tu maestro. Yo, a mi discípulo.

-Y ambos, a nuestro ser amado -dijo Seiza, cogiendo la mano de Hoox-. ¿Me dejas ver el sable de Ksar?

-Supongo que puedes aprender algo de esto -dijo Hoox, extendiéndole el cilindro.

Seiza lo cogió, pero los bordes de esa espiral tridimensional estaban afilados como cuchillas. Cortaron su su carne hasta hacerla sangrar con sólo el más sutil de los roces. Seiza apartó la mano dolorida y el cilindro cayó al suelo antes de que ella terminase de gritar.

-Parece que la gárgola sonriente ha gastado su última broma desde la tumba -dijo Hoox mientras se agachaba para recoger el sable. Al tomarlo en su mano, puso sus dedos entre los cortantes filos de la espiral, en vez de tocar uno de esos puntos tan temibles, y logró levantarlo sin hacerse daño.

-Tú fuiste su maestro -dijo Seiza-. ¿Fue idea tuya?

Hoox levantó una ceja, ofendido, y después negó con la cabeza.

-Él ya tenía este sable cuando le conocí -replicó-. La primera vez que lo cogí, yo también me corté.

-Y gritaste y apartaste la mano, dejándolo caer igual que yo -apuntó Seiza.

-No -respondió Hoox.

-¿Acaso usaste la Fuerza para controlar el dolor? -preguntó Seiza, extrañada.

-No -repitió él.

-Pero duele -dijo ella.

-Es cierto -admitió Hoox.

-Está bien, me rindo -dijo Seiza-. ¿Cuál es el truco?

Hoox movió sus dedos para que abandonasen las "zonas seguras" del sable, y el filo espiral cayó en la palma de su mano, abriéndole heridas graves. Hoox apretó la empuñadura, sangrando más todavía, y encendió el sable. Realizó unos impresionantes movimientos para demostrar cómo ignoraba al dolor, cómo se burlaba de éste en su misma cara, antes de apagar el arma.

-El truco -respondió Hoox, mostrando los cortes en la palma de su mano- es que a mí no me importa que me duela.

Seiza cogió el sable de Ksar con precaución y lo guardó junto con el de su difunto maestro. Ella sólo había construido un sable de luz en su vida, y quería estudiar otro.

Por supuesto, ambos suponían que no iban a tener más bajas en esta misión.

Hoox y Seiza alcanzaron al fin el centro neurálgico de

Stige, el lugar desde donde su amo, el temible Manendra, controlaba las vidas de todos los habitantes del asteroide, y pronto, si ellos no se lo impedían, de Junagadh.

Manendra se parecía en muchos aspectos a una de esas pequeñas criaturas que Seiza y Hoox habían visto en los túneles de Stige. Pero su cerebro estaba demasiado desarrollado. Sólo la masa encefálica era una esfera de casi cincuenta metros de largo, que apenas cabía en una inmensa pecera de transpariacero, sostenida sobre el suelo por gruesos soportes. Había un montón de sensores pegados a la masa encefálica, y los cables salían a través de un pequeños agujeros hechos en la superficie cristalina para terminar en inmensos ordenadores que cubrían paredes enteras.

El resto del cuerpo de Manendra aún era similar al de una de esas criaturas, al menos de las cejas para abajo. Sus ojos habían perdido toda bondad, y eran tan negros como su alma. Hacía años que no podían ver. Todo lo que Manendra veía era a través de las cámaras controladas por ordenador o a través de las mentes de la gente que controlaba.

Aún así, su pequeño rostro de animalito inofensivo mostraba toda su rabia y todo su odio interno. Seiza, en cierto modo, simpatizaba con él. Después de todo, la galaxia había torturado a sus compañeros de especie.

Pero ni siquiera ella podía aprobar los métodos que él utilizaba. No estaba arreglando la situación; sólo estaba dándole la vuelta. Ella quizá lo habría comprendido si Manendra hubiese hecho todo lo posible para evitar que los animales fuesen maltratados, pero lo que estaba haciendo Manendra era vengarse, pura y llanamente.

Seiza miró a Hoox, y ambos comprendieron el plan. Encendieron sus sables y cargaron contra los ordenadores.

Los filos violeta y amarillo destruyeron con facilidad un equipo valiosísimo, conectado a través de cables al cerebro de Manendra. Manendra necesitaba esa tecnología como muleta para sus poderes telepáticos, y se había acostumbrado a utilizarla. Sin ella, no podría siquiera emitir sus pensamientos.

Manendra intentó rápidamente llamar a sus tropas de tierra, en un último intento de protegerse, pero entonces un aparato indispensable fue destruido... y las tropas dejaron de pensar. Manendra comprendió entonces el gran error que había cometido al meter todos los huevos en la misma cesta. Sus hombres no podían rebelarse contra él porque no tenían pensamiento independiente... pero, al no tener pensamiento independiente, al no haberles dado ese voto de confianza, ahora los había perdido. Algunos, los que habían sido "convertidos" más recientemente, incluso recuperarían su voluntad, poco a poco.

Los kreogan sufrirían incluso más. Sin el "empujón" de Manendra, ninguno de ellos retendría sus poderes

telepáticos. Por último, los insectos volverían a su mentalidad de colmena irracional.

El equipo acabó siendo destruido del todo. La maquinaria que él necesitaba para controlar la galaxia, para controlar su pequeño imperio... ya no existía.

Manendra se había quedado ciego de nuevo. Pero esta vez estaba ciego del todo. No podía ver ni una cosa a su alrededor. Sus poderes mentales aún estaban ahí, pero era como si ya no se acordase de cómo utilizarlos.

Entonces sintió algo. Era una oleada de calma. Debía ser uno de los humanos con esos poderes extraños no biológicos. Se sentía mucho mejor y, de algún modo, supo que las cosas irían bien, que su raza no volvería a ser maltratada.

Pero entonces sintió miedo.

Verdadero miedo.

El miedo más justificado de la galaxia.

Era el miedo a morir.

El cerebro de Manendra empezó a expandirse. Le dolía cada neurona mientras intentaba ir en una dirección distinta.

-¡Nooooooooooooo! -quiso gritar, pero Manendra ya no podía decir nada.

La inmensa masa encefálica explotó dentro de la pecera, manchándola por toda su superficie con un efecto repugnante.

Seiza se giró hacia Hoox, con la ira en su rostro.

-¡Eso no era necesario! -le gritó-. Ya estaba vencido. ¡No tenías por qué matarle!

Hoox la miró a ella, ocultando cualquier emoción tras la máscara estoica que usaba por rostro.

-Vine a Stige a matarle -dijo Hoox, categóricamente-. Lo sabías cuando subiste a mi caza.

-Podías haber sido un héroe -dijo Seiza.

-Eso es lo que eres tú -dijo Hoox-. Yo soy un asesino. En el nombre de las estrellas, he matado a quien suponía un peligro... para todos.

Seiza negó con la cabeza; ella aún creía en la redención. Creía que incluso Manendra podría haber abandonado el mal camino.

-Si me odias, lo entenderé pero me dará igual -dijo Hoox.

-No te odio -respondió Seiza-. Te quiero demasiado para poder odiarte. Pero no te puedo perdonar esto. Quizá algún día pueda, pero hoy no.

Hoox asintió con la cabeza. Él sabía que esto iba a acabar así, pero eso no aliviaba a su corazón destrozado. Amaba a Seiza con todo su corazón, con toda su alma y con todo el poder de la Fuerza... pero, si hubiese dejado vivo a Manendra, ¿cómo habría podido perdonárselo? ¿Cuántos más habrían caído bajo su yugo? ¿Cuántos como Tisa, a los que Hoox nunca podría salvar a tiempo?

Y, mientras, Seiza le daba la espalda a Hoox. Ella también

le amaba. "Pero el amor no es el egoísmo, Sanui", parecía oír las palabras de Ashla. "El amor es también sacrificio, es saber que lo que estás haciendo es lo mejor. Hay más cosas que el amor en la galaxia, Sanui, y debes comprenderlo pronto, porque sé que algún día tendrás que sacrificar tu amor... en el nombre de las estrellas".

Pero Seiza lloraba. Su rostro ya estaba empapado con las lágrimas derramadas por Ashla, así que ahora, razonaba ella, no se notaría.

-Hoox, ¿por qué lo has hecho? -se preguntaba ella-. Ahora, nunca podremos estar juntos. ¿Cómo podré mirarte a la cara, después de esto? ¿Y cómo podría no perdonarte, con todo lo que significas para mí?

Al mismo tiempo, una lágrima descendía lentamente por la mejilla de Hoox. Pero, esta vez, no era una lágrima surgida de un reflejo por el dolor. Esta vez, Hoox quería llorar.

Había pasado varias horas, y durante ese tiempo, Seiza no le había dirigido la palabra a Hoox. Se había pasado todo ese tiempo dándole la espalda, y Hoox creía que todo lo que le estaba diciendo caía en saco roto. Le había presentado disculpas un millón de veces. Le había explicado que Manendra era un megalómano, un desequilibrado con tal inteligencia que no tenía posibilidad de cura. Le había hablado de cómo la Fuerza le había permitido ver un horrible futuro en que la galaxia entera estaba dominada por Manendra, y de por qué eso le había obligado a hacer todo lo posible por impedir que ese destino pudiese convertirse en realidad.

-Lo siento, Seiza -le dijo al fin-. Sabes que te amo, pero tenía que sacrificar mi amor en el nombre de las estrellas.

Seiza no se podía volver. No necesitaba mirarle para saber que su arrepentimiento era sincero, que realmente sentía dolor por haberle fallado a ella, pero, al mismo tiempo, sabía que, si se repitiese la situación, Hoox volvería a matar sin pensárselo dos veces. Seiza sentía que lo único que le quedaba era su orgullo, y por eso no pudo volver a mirar a Hoox a la cara.

-Si se atreve a utilizar la Fuerza para averiguar cómo me siento -pensaba ella-, si noto uno solo de esos tentáculos fantasmales sobre mi alma, entonces habrá perdido toda esperanza de perdón.

Pero Hoox no usaría la Fuerza sobre Seiza. Hoox había comprendido que el poder de la Fuerza, tanto del lado oscuro como de la luz, sólo podía usarse en beneficio de la galaxia. La única diferencia entre ellos era que, según Hoox, Seiza no estaba dispuesta a hacer sacrificios por un bien mayor y, según Seiza, Hoox no era capaz de comprender que el dolor y el asesinato nunca beneficiarían a la galaxia.

La luz y la oscuridad habían luchado codo con codo por

primera vez desde que se puede recordar, pero nunca podrían compartir la paz y mucho menos el corazón. Hoox era incapaz de decirle nada más a Seiza, y él también buscó un lugar para dormir.

Cuando Hoox se despertó, retrocedió asustado ante lo que veía. ¡Era Manendra! El monstruo había resucitado y estaba frente a él, a una pulgada escasa de su rostro.

Hoox calló un grito de angustia y miró con más detenimiento a la criatura.

-Grgrgrgr -dijo Manendra.

Pero, un momento. No era Manendra.

Era una de las pequeñas criaturas de su especie. Su cerebro era de tamaño normal, y estaba cubierto por el inicio de esa mantita de pelo marrón oscuro que le cubría todo el lomo. Y sus ojos, sus ojos tiernos, bondadosos e inocentes, no revelaban ninguna malicia. Desde luego, no la malicia relacionada con la inteligencia.

- Grgrgrgr -repitió el animal.

Hoox se fijó un poco más. Había docenas de animales como ése a su alrededor. ¿Tal vez algún instinto les había llevado hasta el interior del compejo, para rendir un último tributo a su mesías loco, Manendra? ¿Quizá habían estado retenidos durante todo este tiempo?

Hoox vio cómo Seiza, aún de espaldas a él, sostenía a uno de los animales entre sus manos y le acariciaba el lomo.

Pero Hoox seguía asustado. Tal vez, alguna de estas criaturas podría estar de algún modo poseída por el alma de Manendra. Agarró con sus manos a uno de ellos por debajo de las axilas, y lo levantó. La criaturilla le miró a los ojos, ignorando lo que estaba haciendo.

- Grgrgrgr -le dijo.

-Éste está limpio -pensó Hoox, y miró a su alrededor para poder coger otro. El análisis superficial de la zona parecía sugerir que no existía peligro; ninguno de los animales tenía una capacidad mental muy elevada. Pero, aún así, Hoox prefería asegurarse.

Mientras, Seiza jugaba con su nuevo amiguito, convencida de que no pasaba nada, de que, por fin, todo había terminado. Veía como un Hoox frenético por alguna razón estaba intentando censar a todos y cada uno de los animales, y por eso los cogía, los devolvía al suelo y los situaba en grupos.

Pero a Seiza le dió igual, Hoox tenía que salir de su corazón. Ahora entre ellos reinaba el silencio.

Al cabo de unas horas más, Seiza y Hoox oyeron ruidos que venían del exterior de la habitación. Eran pasos. El entrenamiento de combate de ambos les permitió deducir varios datos más: Una cantidad superior a veinticinco personas. Pasos no acompasados, así que no caminan marcando el paso como una unidad militar. A juzgar por el ritmo y el

peso, seguramente eran humanos o humanoides. Las suelas son de plástico; podrían ser las botas de la infantería de Manendra.

Hoox y Seiza salieron al pasillo. Allí había muchos más animales como los de antes, y al cabo de unos segundos, pudieron ver a un grupo de habitantes de Stige. Ninguno de ellos llevaba ya la joya en su frente. Algunos vestían con el uniforme de las tropas de infantería, pero se habían deshecho del casco para poder ver, y llevaban las armas como si no supiesen usarlas.

Se fijaron entonces en que Hoox y Seiza no vestían como los demás, con esos monos tan prefabricados. Algunos de los stigianos empezaron a hablar con otros, y al fin uno de ellos avanzó hacia los extraños, como portavoz del grupo.

-Saludos -dijo el portavoz-. ¿Hablan ustedes mi idioma?

Hoox dio un paso al frente antes de que Seiza pudiese decir nada.

-Saludos -dijo el imperial-. Soy el almirante Hoox, regente del sector Junagadh.

-Soy Not Schelt, de Halowan -respondió el portavoz-. ¿Puede decirme dónde estamos?

-Bastante lejos de Halowan -dijo Hoox-. Estamos en el sistema Gadamar, en un cinturón de asteroides. ¿Le dice algo esto?

Schelt se giró para mirar a sus compañeros. Todos estaban prestando atención, y ninguno conocía Gadamar ni le sonaba lo del cinturón de asteroides.

-Hemos despertado hace poco -dijo Schelt-. Estábamos en una gran sala, y todos vestíamos estos extraños trajes, o armaduras, como ese hombre -señaló a uno de los ex-soldados que llevaba el casco bajo el brazo-. Allí había más de mil personas, pero la mayoría habían muerto o estaban catatónicos o comatosos. No conocemos la causa de sus muertes. Sólo hemos sobrevivido nosotros y otros cincuenta y seis más. Nos hemos dividido en tres grupos iguales de veintiocho personas para buscar alguna explicación.

Hoox se agachó y recogió del suelo a una de las pequeñas criaturas. Se la enseñó a Schelt.

-¿Sabe usted lo que es esto? -preguntó Hoox.

- Grggrgrgr -dijo la criatura.

-Es un brusy -dijo Schelt-. ¿Está seguro de estar cogiéndolo bien? Tal vez le esté molestando.

-¿Por qué es importante -preguntó Hoox- que no moleste a este brusy?

-No estoy seguro -dijo Schelt-, pero sé que los brusies no deben sufrir daño.

-Ésa la ha implantado profundamente -le susurró Seiza a Hoox. Era la primera vez que le dirigía la palabra desde la muerte de Manendra.

-Si se hubiese conformado con eso... -susurró Hoox a su vez, pero no estaba seguro de que ella le hubiese oído.

-¿Sabe usted lo que ha pasado, almirante? -preguntó Schelt.

-Por favor, termine de responder a mis preguntas antes -dijo Hoox-. ¿Han visto ustedes a algún alienígena desde que se... despertaron? Aparte de los brusies, quiero decir.

-Hemos visto unas criaturas de una especie que ninguno conocía -dijo Schelt, y sus compañeros negaban con la cabeza, dándole la razón-. Tenían muchos tentáculos, una gran cabeza y ojos compuestos. Creo que no tenían boca -se giró para mirar a los demás, y los demás gesticularon para indicar que ellos tampoco la habían visto-. Nos miraron, y parecían querer comunicarse con nosotros, pero no encontraron ningún modo de hacerlo.

-Los kreogan -susurró Hoox. Seiza pudo oírle y asintió con la cabeza. Schelt también le oyó, pero no entendía lo que había dicho.

-¿Disculpe? -dijo Schelt.

-No se mueva -dijo Hoox, posando las yemas de sus dedos en la frente de Schelt. Utilizó la Fuerza para entrar en su cerebro y encontrar rastros del control de Manendra.

Lo único que descubrió fue que este tal Schelt había sido controlado hacía relativamente poco, y había olvidado el tiempo pasado bajo el control de Manendra. Sus recuerdos más recientes tenían un par de meses de antigüedad.

Hoox apartó la mano de la frente de Schelt.

-¿Puede decirme qué ha pasado? -preguntó Schelt.

Hoox y Seiza se miraron. Parecían querer preguntarse cuánta información revelar. A Hoox le preocupaba que estas personas descubriesen toda la verdad, y de todos modos, él estaba acostumbrado a guardar secretos de estado. Sin embargo, Seiza no le perdonaría que les mintiese descaradamente, y su relación con Seiza ya había tenido bastantes altibajos. Hoox intentó calcular cuánto tenía que revelarles.

-Han sido ustedes capturados por un terrorista -dijo Hoox-. Este terrorista les ha utilizado como cobayas en un proceso científico, y es por eso que no retienen ustedes recuerdos. Han sido trasladados a este lugar para continuar el experimento inhumano. La mayor parte del grupo ha padecido torturas biológicas hasta morir, y me temo que son ustedes los únicos supervivientes. El líder de los terroristas ha sido detenido gracias a los esfuerzos de esta mujer.

Hoox hizo un gesto hacia Seiza. Ella se sorprendió, pero recuperó rápidamente la compostura.

-Seiza Sanui, una Jedi -les presentó Hoox.

-Pero... -dijo una voz desde la multitud-. Pero los Jedi se extinguieron, el emperador acabó con ellos. Y Junagadh estaba bajo el control del Imperio Galáctico -la voz hizo una pausa-. ¿No es verdad?

-Junagadh -dijo Seiza- está bajo el control de un hombre:

R.J. Hoox. Hoox no admite la autoridad de ningún emperador galáctico, ni de la flota imperial.

-Existen más complejos como éste -dijo Hoox-. Es posible que haya habido... quizá hasta un millar de supervivientes. Todos serán evacuados del asteroide. Se llevarán a cabo análisis médicos en cada uno, por si tuviese alguna enfermedad, antes de enviarles a sus planetas de origen, en los casos en que esto sea posible. En los casos en que no lo sea, el gobierno les proporcionará alojamiento y empleo, mientras sea necesario.

Por supuesto, el "análisis médico" incluiría medidas para asegurarse de que no seguían controlados por Manendra. De todos modos, Seiza estaba impresionada por las medidas filantrópicas tomadas para esos refugiados.

Hoox, más pragmáticamente, echó un vistazo a su cronómetro.

-¿Alguno de ustedes tiene experiencia en la operación de un equipo de comunicaciones tierra-espacio? -dijo el almirante.

Afortunadamente, el equipo militar de Manendra no utilizaba la misma fuente de alimentación que su equipo de control mental. Aún tenían un equipo de comunicaciones con el exterior, ubicado relativamente cerca de donde estaban los rayos tractores. Uno de los habitantes de Stige, un tal Sum-ner, sabía manejarlo y estaba operándolo. Las pantallas mostraban una silueta triangular.

-¿Es ésta su nave, almirante? -preguntó Sumner, señalando el triángulo.

-Probablemente -dijo Hoox-. Establezca un canal de comunicación.

-Quizá no sea seguro -dijo Sumner-. Podrían interceptar la conversación.

-Improbable -enunció pragmáticamente Hoox-. Estamos en mitad de un campo de asteroides, y la nave insignia de mi flota está ahí fuera. Dudo mucho que alguien se meta por aquí a espiar lo que decimos. Por favor, proceda.

-El satélite está ahí delante, señor -dijo un oficial imperial.

-Tengo ojos -dijo Nokeis, y realizó diversos cálculos para asegurarse de que ése era el satélite.

-Los sensores indican formas de vida -dijo otro oficial, consultando sus pantallas-. Ese satélite está lleno de gente. Se detectan muestras de tecnología en varios puntos, más de una docena. ¿Los pongo en un holograma?

-Adelante -dijo Nokeis.

Una esfera verde apareció ante los ojos de todos los presentes. Había unos cuadrados rojos en el interior de la esfera, que destacaban con fuerza propia. Unas filas líneas amarillas, apenas visibles, comunicaban los cuadrados.

-Recibimos comunicación desde el satélite -dijo un tercer oficial.

Nokeis se levantó de su silla.

-Enviénme la comunicación a mi camarote. Tryskho, acompáñeme. Que nadie intercepte la comunicación desde aquí.

-¿Qué? -preguntó Tryskho.

Nokeis estaba tomando medidas: Si el telépata ése necesitaba contacto visual para controlar mentes, tal vez le bastase hacerlo a través de una pantalla. Un androide de protocolo siguió torpemente a Nokeis y Tryskho.

-Queda al mando, Eldi -dijo Nokeis-. Si no ha recibido la contraórden dentro de diez unidades de tiempo estándar, inicie el bombardeo.

El camarote de Nokeis tenía una pantalla bastante grande. Cuando se encendió, Nokeis y Tryskho pudieron ver a un técnico al que no conocían y, tras él, al almirante Hoox.

-Atención, nave no identificada -dijo el técnico-. Por favor, responda.

-La comunicación se ha establecido -dijo el almirante-. Me alegra verles de nuevo.

-¿Cuál es la situación, almirante? -preguntó Nokeis mientras sus sensores medían cambios retinales, velocidad de respiración y un millón de variables más en el cuerpo de Hoox.

-La situación aquí abajo está controlada -dijo Hoox-. La amenaza ha sido eliminada. Ha habido una cantidad de supervivientes, que serán evacuados en lanzaderas. Me encuentro en la posición de ordenarles el envío de la primera.

Nokeis presionó una tecla, y una segunda pantalla se encendió, al lado de la anterior. Sólo él y Tryskho podrían leerla. En ella, Nokeis informaba a Tryskho de que las variables del almirante entraban en los límites aceptables.

-¿Cómo sabemos que es usted el almirante Hoox? -preguntó Tryskho, cruzando los brazos en desafío.

-Capitán -dijo el almirante suavemente-, aprecio sinceramente su dedicación, pero soy yo. Sin duda, Nokeis ya lo ha establecido midiendo mi respiración y dilatación retinal.

-Quizá usted ha sido torturado -dijo Tryskho-, y bajo coacción, está emitiendo este comunicado.

-Tryskho -dijo el almirante, algo más enfadado-, no soy Vader, pero usted sabe que puedo estrangularle desde aquí. Si persiste en esta actitud, acabará encontrando problemas.

-Bingo -pensó Tryskho-. Si el almirante estuviese controlado, a estas alturas probablemente ya me habría atacado. Pero mantiene su personalidad amenazante y agresiva sin llegar a ser letal. Ahora, la última prueba.

-¿Cuál es la contraseña que usted y yo acordamos? -

preguntó Tryskho.

-¿De qué habla? -preguntó el almirante-. Usted y yo no acordamos ninguna contraseña.

-Hace diez meses, en Primus -insistió Tryskho.

-Hace diez meses, en Primus -repitió Hoox- no acordamos ninguna contraseña. Me estoy empezando a enfadar.

Tryskho sonrió.

-Me alegra saber que está usted bien, almirante.

La primera lanzadera aterrizó, con un piloto y diez soldados de asalto a bordo. Pudo ser guiada por los sistemas de rayo tractor en el satélite. Los soldados de asalto bajaron de la nave y adoptaron posición de firmes cuando apareció el almirante, acompañado por unos cincuenta humanos de edades variables.

-Descansen -dijo Hoox.

-¿Cuáles son las órdenes, señor? -preguntó el sargento-. ¿Debemos arrestar a alguien?

El sargento hizo un sutil gesto hacia la puerta, en cuyo dintel estaba apoyada Seiza.

-No hay orden de captura contra Sanui, sargento -dijo el almirante-. Le recuerdo que sólo se la buscaba para interrogatorio en relación con las actividades de Ashla.

-Sí, señor -dijo el sargento-. Podemos interrogarla.

-No será necesario, soldado -dijo Hoox.

-Sargento, señor -corrigió el hombre de blanco.

-Soldado -repitió Hoox-. Estas personas serán llevadas a bordo de la nave insignia, y ubicadas temporalmente en el salón de actos. Después, volveremos a la base. Hay unas mil personas, así que esto llevará su tiempo y exigirá varios viajes.

-Bien, señor -dijo el soldado, y después las tropas empezaron a meter a los refugiados en la lanzadera.

La primera lanzadera despegó, dejando en tierra a Seiza, a Hoox y a los soldados.

El soldado, antes sargento, se fijó en una de los brusies que había por allí.

-Voy a divertirme un poco -dijo, y apuntó su rifle bláster hacia él.

Un disparo de energía roja surgió del arma del soldado pero, veloz como un pensamiento, Hoox saltó y encendió su sable de luz, a menos de un pie del brusy. El sable de luz deflectó el disparo y lo redirigió contra la pierna del emisor. El soldado cayó al suelo, gritando y agarrándose la rodilla herida.

- Grgrgrgr -dijo el brusy, que ni siquiera comprendía que había corrido peligro. Seiza lo agarró entre sus manos y lo acercó a su cara, haciendo ruiditos con sus labios. Mientras, Hoox, con el sable de luz aún encendido, se acercó al soldado y le miró.

-¿Quién es su oficial, soldado? -preguntó Hoox.

-Aaaahhh... Aaaaahhh... -fue lo único que dijo el soldado.
-¿Quién es su oficial? -repitió el almirante.
-Teniente Kols -dijo entre gemidos el soldado.
-Voy a tener que mantener una conversación con él -dijo Hoox-. No quiero psicópatas en mi ejército. De momento, para el resto de ustedes, les comunico que estas criaturas son una especie protegida en mi sector. ¿Está claro?
Los demás soldados asintieron aparatadamente con sus cascos blancos. Seiza, aún apoyada en la puerta y con el brusy en sus manos, los miraba impresionada.

Unas horas mas tarde, todos los civiles y militares de Hoox estaban ya en sus respectivas lanzaderas, y la última nave y un caza traído expresamente por orden de Hoox esperaban en los hangares para salir del asteroide.

-Es lo mejor para ambos -dijo Seiza seriamente.
Hoox suspiró mientras asentía y permaneció en silencio mirándola como si quisiera memorizar cada detalle, cada expresión.

-A partir de aquí, cada uno tiene su cometido, su destino -añadió Seiza con un nudo en la garganta-. Y me temo que no coinciden.

Hoox acarició la cara de Seiza, mientras alzaba la vista al techo, para que las lágrimas no desbordaran sus ojos.

-Lo sé -se arrancó a hablar, pero tuvo que dejarlo porque su corazón no dejaba de dolerle, como si alguien lo apretara cada vez mas fuerte.

Seiza acarició la mano a Hoox, le miró a los ojos y le dijo, mientras sus ojos se volvían brillantes a la luz artificial por las lágrimas que los llenaban:

-"...y contemplé cuando mis lágrimas me lo permitieron... que pertenecemos a algo mucho mas grande que nosotros mismos... algo a lo que aparentemente somos ajenos desde nuestro nacimiento, pero que nos es tan vital como el aire que respiramos... Es aquello que nos mantiene unidos y que al mismo tiempo nos separa enfrentándonos a unos contra otros..." -hizo una pausa para secarse los ojos con el anverso del guante de su mano derecha y añadió -Ahora sé a qué se refería la voz.

Ella sonrió amargamente mientras abrazaba con fuerza a Hoox, que ya no podía evitar que su cara expresara el dolor que sentía su corazón.

Sólo un ruido emitido por uno de los motores de la lanzadera que estaba en aquel hangar, les hizo salir del abrazo.

-Adiós, Seiza -dijo Hoox.

Seiza le miró una vez mas a los ojos, se acercó, le dió un fugaz beso en los labios y dijo:

-No digas adiós, Hoox. Un adiós es el final.

Sin dejar lugar a la reacción de su amado, ella echó a correr, mientras se ponía el casco y lo ajustaba al traje,

hacia el caza que la sacaría del asteroide. Su rumbo: cumplir una promesa y proseguir con su vida.

Después de varios minutos, solo en el hangar, pensativo y muy serio, Hoox decidió subir a la lanzadera, con destino a su nave insignia y dispuesto a emprender un nuevo camino en su vida.

Tanto ella en un caza a la velocidad de la luz y él en su lanzadera, tomando caminos opuestos, sonrieron a la vez al recordar la aventura, pues sabían que sus vidas ya nunca volverían a ser las mismas después de aquello.

Fin del vigésimo segundo capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.